

Semblanza

Lexis XXV. 1 y 2 (2001): 9-14.

Imagen juvenil de Alberto Escobar Testimonio Personal

Carlos Eduardo Zavaleta

Casi podría decir que acabamos de perder al notable poeta, crítico y profesor universitario Alberto Escobar (1929-2000), salido del seno de nuestra generación, la de los años cincuenta, quizá la más sólida del último medio siglo.

Nos hemos quedado sin un estudioso de gran talla, pero con toda su obra en nuestras manos, lo cual es un inevitable aunque frágil consuelo. Nada nos devolverá al amigo entrañable, de alegría jocunda, siempre juvenil, de metódica seriedad, de ascenso gradual y continuo hacia un sitio desde donde contempló como nadie la evolución de las letras peruanas, desde el Inca Garcilaso hasta sus propios colegas contemporáneos. Un espíritu de muchacho risueño que desafió inclusive a las peores sombras de su larga y deformante enfermedad.

Conocí a Escobar en 1949, cuando yo abandoné los estudios de medicina y, en medio del vacío del cambio a la Facultad de Letras, mientras yo traducía a Eliot y a Pound, él escribía sus primeros poemas dedicados a su novia Betty (Bertha Basurto), con quien luego se casaría para siempre. Había estudiado en el colegio Antonio Raimondi, sabía ya el italiano y estimaba a su profesor Jorge Puccinelli. En 1951, a los veintidós años, ganó el Premio Nacional de Poesía, con su colección *Cartones del cielo y de la tierra*, cuyo poema liminar, dedicado por supuesto a B.B., acababa así: “Debes

pensar en mí cuando repose tu mirada / al dilatarse el aire para que huya el reproche; / debes pensar en mí para que el agua se filtre / suavemente, hasta su corazón, / y para que lo cubra / como una amapola / con el rubor ardiente que cubre tu secreto./”

Pero, antes, en el mismo poema, había iniciado el “viaje”, el periplo que quizá significa toda su breve poesía, desde el paseo de cada tarde, con la novia del brazo, hasta las complicaciones del mundo que se aleja del amor, y entonces, la “voz” del poeta, consciente de que “se marchitará la rosa”, de que los sueños juveniles peligran, descubre la multitud, la sociedad, cambia de tono, y clama y cita a los “voluntarios del alba” y entona un “canto para el día que viene”, como lo harán Alejandro Romualdo y Washington Delgado, desde una poesía “abierta”, en que ellos, estudiantes sanmarquinos, llaman a los demás peruanos, y especialmente a los campesinos, a cultivar una esperanza común.

Ese “viaje” se confirma en el título de su otro poemario, *De misma travesía* (1950), pero ya no con versos largos ni con explicaciones para el cambio, sino en versos cortísimos, amigos del juego, de la canción y de la palabra prístina. Y finalmente, en su tercer libro, *Diario de viaje* (1958), halla una ciudad buscada, mezcla de Florencia, de Lima y de su amada Bertha juntas, y sólo queda para el verdadero poeta la melodía, la música del verso, ante la cual se prosternan las ideas y los deseos.

Demasiado exigente consigo mismo, pronto abandonará la creación poética y eligió el duro camino de la enseñanza y de la crítica. Él mismo nos ha contado ese cambio de rumbo: “De joven cultivé la creación. Pero cuando me vi armado de teorías e instrumentos de trabajo, sentí que había oposición entre el creador y el crítico. Otros pueden hacer las dos cosas. Yo me di cuenta de que más podía hacer en la crítica que en la creación. La función crítica sigue a la creación y es natural que, en el proceso de constitución de una literatura, siempre aparezca primero el creador y, después, como su sombra, el crítico.”

Menos mal que, en sus horas finales, él supo rectificarse y pidió a sus amigos (a través de sus familiares) que le alegrasen con la reedición de sus poemas, lo que se hizo lanzando *Mural. Poesía completa* (2000).

En aquellos comienzos, yo apenas tenía la experiencia de haber fundado una revista, *Centaurus*, en 1950, con el apoyo invaluable de Sara María Larraburre y Alejandro Romualdo. Pues bien, ya estábamos en 1951 y la revista se había acabado. Las manos volvían a sentirse vacías. No lo pensé dos veces y acudí a Escobar, el más serio y cumplido del grupo, y le planteé la creación de otra revista, mucho mejor que la previa, con mayor alcance, más páginas, y sobre todo con vida larga y fértil. Y así, a sugerencia de él, visitamos en su casa a Jorge Puccinelli, el joven profesor más allegado a los jóvenes, quien, después de un esperado silencio, nos ofreció y concedió ayuda real, esto es, no sólo su renombre y sus muchos vínculos literarios, sino un sustento continuo para la publicación. Él sería, pues, nuestro director natural. Así nació *Letras Peruanas*, que duró catorce años, hasta 1964, y que se dio el lujo de publicar colaboraciones especiales, obtenidas por Puccinelli, de escritores de talla como Azorín y Aleixandre, por no citar a las mejores plumas del momento.

En 1956, Escobar publicó su novedosa antología de la narración en el Perú, que cambió la esencia de todas las antologías posteriores, ya que él extendió el panorama hasta las huellas prehispánicas, hasta los mitos, leyendas y cuentos de nuestro milenarismo país, lo cual hoy nos parece lógico y exacto hacer. En 1957, cuando él todavía estudiaba Filología y Lingüística con sus maestros de Munich, y yo, Literatura Española en Madrid, nos citamos con nuestras esposas en Roma, y visitamos juntos (él por segunda o tercera vez) la maravillosa ciudad. En un aparte, recordando a San Marcos, dijo que, por el momento, no le interesaba subrayar los defectos de cierto crítico peruano, autor ya de unos cincuenta libros, sino leer directamente a Goethe y a Heine en alemán.

Escobar bebió, pues, en las fuentes mismas de los estudios clásicos. Y en cuanto volvió de Europa y nos incorporamos como docentes en San Marcos, abrió la senda de una auténtica crítica literaria, con su volumen de 1958 sobre Carlos Augusto Salaverry, el gran poeta peruano, muerto también en París, y con aguacero, en 1891.

Ese libro fue la señal de fuego de que la vieja crítica debía corregirse o desaparecer. ¿Qué había hecho él? Sólo ser lógico, sensato, y estudiar a un poeta romántico en su integridad, esto es, analizar la

escuela a la que pertenecía, primero el romanticismo en Europa y España, después en América Latina, en seguida a los románticos peruanos, señalando a sus principales cultores, con Salaverry a la cabeza, ofrecer un cuadro cronológico de la producción conjunta del grupo, y sólo después, profundizar en Salaverry mismo, para finalmente darnos una lúcida antología de sus versos. He aquí el modelo de abarcar una obra, una escuela y sus miembros, modelo que en seguida imitaron los demás críticos peruanos, siguiendo el camino del más joven y brillante de ellos.

Al volver en 1958, traía asimismo bajo el brazo su tesis doctoral, ya aprobada en Munich, sobre *La serpiente de oro*, sin importarle que ésta fuese la obra menos popular de Alegría. En su ensayo, se ocupa tanto de la interpretación literaria, como de la investigación lingüística, y en cada una de esas mitades sigue un método riguroso para ahondar y enriquecer la lectura, hasta que broten de ella los símbolos y las particularidad del habla. Con sapiencia, entra en el mundo del río Marañón, por el camino de los colores, por la voz, el sonido y el silencio; ve el agua, la tierra, el aire y el fuego; siente por dentro el Hombre, que es igual al río, “profundo y con sus reveses, pero voluntariosos siempre.” Se sumerge en la vastedad que lleva a la leyenda, oye las tradiciones orales, y a través del lenguaje, llega hasta la sensualidad y la libertad a la fiesta de una fraternidad que abarcará a medias con la medias con la muerte, pues el río seguirá su curso.

En sucesivas pruebas de honestidad y ansias de superación, siguió investigando mientras fungía de profesor sanmarquino y de profesor visitante por universidades americanas y europeas. Él ha descrito su satisfacción por analizar los estudios lingüísticos y de interpretación de textos en nuestro país: “Siento el orgullo de haber iniciado en 1958, cuando vine de Alemania, los cursos de Interpretación de Textos. Fui el primero en este país que enseñó la técnica de la crítica literaria a través del análisis de textos. También conmigo entró en San Marcos la lingüística descriptiva. Algunos extranjeros habían dado clases, pero yo fui el primer peruano. Más tarde inicié la Etnolingüística y la Sociolingüística sobre el quehacer del quechua y el español en el Perú.”

Inclusive cuando era extremadamente duro con un escritor, él tenía razón. Vargas Llosa cuenta, en *El pez en el agua*, de una lectura

de cuentos en el restaurante *El patio*, en frente del Instituto Riva-Agüero. Nos había convocado Jorge Puccinelli. Leíamos cuentos de Vargas Vicuña, yo, alguien más que no recuerdo, y por fin Vargas Llosa. El silencio que siguió a su lectura fue muy elocuente y él mismo lo ha subrayado así; luego, Escobar habló para todos y se mostró muy duro con Vargas Vicuña, y más duro aún con Vargas Llosa. Éste confiesa en sus memorias que esa noche pensó seriamente en abandonar las letras; pero la reprimenda le hizo bien, porque revisó y corrigió los cuentos que tenía por entonces, y casi en seguida ganó un premio en la Alianza Francesa, y viajó a París y conoció a su héroe, Albert Camus, y un poco más tarde, en 1959, ganó otro premio en España con el único volumen de cuentos de su vida. A la vez, Vargas Vicuña tardó en rehacerse, pero la lentitud era su estilo, y años más tarde, en 1964, publicó *Taita Cristo*, con textos plausibles.

O sea que las correcciones de Escobar nos hicieron bien a todos sus colegas. A mí me hizo el favor de escribir el *Colofón* de mi primer libro de cuentos, *La batalla* (1954), y de decirme ahí por escrito (fue tan cortés que no lo dijo a viva voz) que debía corregir aspectos del estilo, pues yo usaba casticismos en algunos temas o escenas populares. Por supuesto, que le obedecí en seguida, y la segunda edición del libro ya salió limpia de este descuido.

Sólo me estoy refiriendo al Escobar de sus obras iniciales, justamente la que cimentaron su calidad. Luego viene su primera aproximación a Ricardo Palma y, en seguida, llega el volumen más amado por él, *Patio de Letras* (1965), libro o hermano gemelo suyo, que ha vivido y crecido a toda hora con él, inconcluso pero lanzado al futuro sin fin, cambiante según las reediciones, aunque siempre agudo y distinto en su juicio sobre autores o sobre sus contemporáneos. Así como en ensayos previos enseñó a leer de nuevo al Inca Garcilaso, a Palma o a Vallejo, aquí descubrió a sus propios contemporáneos. No en vano caló de veras en las obras de Blanca Varela, Sologuren Juan Gonzalo, Bendezú, Ribeyro, Cisneros, Belli, Washington Delgado o Eleodoro Vargas Vicuña. Fue como mirar de frente a sus compañeros de carpeta.

En un coloquio sobre literatura efectuado en Estados Unidos y Las Bahamas, poco antes del asesinato del presidente Kennedy, éste recibió a la delegación de escritores en la Casa Blanca y, con la mano en alto y la voz clara, nos dijo: “¡Hola, refugiados de

Nassau!”, nombrando así la isla de donde llegábamos. Escobar enseñaba por entonces en una universidad vecina a New York. En nuestras horas libres, fatigados de museos y librerías, oíamos devotamente el jazz, sin importarnos el barrio en que estuviesen los clubes, o visitábamos a la famosa Katherine Dunham en su hogar, abierto a múltiples grupos musicales, en especial caribeños.

Pero, en el fondo, a él le gustaba asimismo hablar de política internacional, de la hora en que vivíamos. Ganó la costumbre de soportar las sucesivas horas del mundo, desde su primer viaje a Europa, en 1952. Años después, en Madrid, en la plaza Perú, en un restaurante criollo, seguía preguntando novedades sobre las trágicas décadas del franquismo, cuyos coletazos vivimos algunos hasta 1975, fecha demasiado larga para la suerte de España.

Poeta, crítico, filólogo, lingüista, intelectual latinoamericano en viaje por el mundo, inclusive desde muy joven, Escobar daba la impresión de que, con los años, sería uno de los pocos y nuevos emisarios que nos representarían dignamente en el siglo XX.